Las afinidades electivas: Miguel Hernández y Pablo Neruda

Manuel Durán
Universidad de Yale

La historia de la amistad en la literatura española está aún, según creo, por hacerse. Pensemos, por ejemplo, en lo que significó la amistad de Juan Boscán y Garcilaso de la Vega, o en los lazos que unieron a Pedro Salinas y Jorge Guillén, para no mencionar más que dos ejemplos ilustres. El hecho en sí de que dos escritores se sientan a gusto cuando están juntos, se comuniquen sus ideas, se ayuden en sus esfuerzos por publicar o por pulir sus textos es menos importante que las consecuencias que ello tiene en la obra de cada uno. Se trata de un fenómeno universal. Sabemos hoy con todo lujo de detalles que el famoso poema de T.S. Eliot, *The Waste Land,* no sería como es, no sería tal como lo conocemos en su versión definitiva, sin la amistad entre Eliot y Ezra Pound, que permitió a este último sugerir supresiones y cambios de gran importancia.

No es estrictamente necesario para que dos escritores —o escritoras— se sientan solidarios el que ambos tengan más o menos la misma edad —aunque tal cosa ayuda mucho a crear una amistad— o una formación cultural parecida, o que provengan de la misma clase social. Esto lo vemos claramente al fijarnos en la amistad entre Miguel Hernández y Pablo Neruda. Si bien es cierto que frente a los escritores de la generación del 27, todos ellos pertenecientes a una clase media acomodada, Hernández y Neruda representaban una actitud más popular, más proletaria incluso. Neruda era hijo de un obrero ferroviario. En sus años de estudiante en Santiago había conocido el hambre, la vida bohemia, el contacto con los «bajos fondos», y su temporada en el Oriente fue también una experiencia dura y cruel. Hernández, pastor en Orihuela, había estado en contacto cotidiano con la pobreza, la estrechez, el trabajo duro, agotador, casi no recompensado. El origen humilde, la actitud rebelde frente a una sociedad que había sido madrastra y no madre, tendía a acercarlos. Pero, por otra parte, la

formación literaria y cultural no era idéntica. Neruda, al fin y al cabo, había hecho estudios universitarios, conocía bien la literatura francesa, sus primeros maestros en retórica poética habían sido los poetas simbolistas y modernistas. Hernández, en cambio, se había formado en un absoluto autodidactismo, y sus principales fuentes de inspiración eran los clásicos españoles leídos en ediciones baratas.

La amistad entre los poetas de la generación del 27 es un hecho fundamental. Se conocían y se respetaban, formaban un frente común rodeado por la incomprensión de casi todos los críticos tradicionalistas. Pero dentro de este grupo amplio se habían formado sub-grupos, y con la llegada de Neruda a Madrid, procedente del Oriente, y de Miguel Hernández, que se instala en la capital en 1934, se crea lo que podríamos llamar el ala izquierda de la generación. Rafael Alberti, a pesar de que procedía de una familia acomodada, o que lo fue algún tiempo, estrecha su amistad con Neruda, que ya se había establecido epistolarmente, y Neruda entra en contacto con García Lorca y de inmediato surge una mutua admiración que se expresa varias veces en actuaciones públicas «al alimón». Alberti, pudiéramos sugerir, era proletario «honoris causa», es decir, se sentía solidario de los pobres y oprimidos porque pertenecía a una familia venida a menos y se sentía humillado por sus dificultades económicas, y en aquellos años atravesaba por una crisis psicológica, una depresión, que le llevaba a rechazar el mundo de la burguesía y establecerse en el campo revolucionario. En cuanto a García Lorca, si bien reacio a adherirse a partidos políticos, su posición liberal y siempre en favor de los oprimidos garantizaba que la llegada de un poeta chileno bohemio, medio anarquista, y simpatizante ya del movimiento comunista, iba a despertar su interés, sobre todo porque el poeta era Neruda, dotado de un inmenso talento, y, por otra parte, la presencia de Miguel Hernández en Madrid era también digna de celebrarse: un pastor, un campesino, convertido en poeta de primera fila, era como una promesa de redención, de renovación social, casi de utopía: la poesía para todos, no únicamente para unos pocos privilegiados.

El ambiente de la década de los treinta lo ha descrito muy bien el poeta inglés Auden al bautizarlo como *the Age of Anxiety:* los acontecimientos se precipitan, la crisis económica se generaliza, hay tensión en todas partes, obreros parados, desconcierto y pasividad frente a la creciente amenaza de Hitler y Mussolini, militarismo y asesinatos políticos en el Japón, consolidación del stalinismo en la Unión Soviética, y hambre en Ucrania y otras regiones agrícolas rusas debido a la campaña de colectivización forzosa de las tierras. Las vanguardias artísticas están triunfando en todas partes (menos en la Unión Soviética, en que Stalin y sus seguidores propician un arte y una literatura al servicio del Partido Comunista). Esta década es también la de los cismas en el seno del surrealismo francés capitaneado por André Breton: la lucha entre stalinistas y trotzkistas se desarrolla en muchos frentes y destruye muchas amistades.

La llegada de Hernández a Madrid, en 1934, en su segundo viaje, mucho más importante para su formación como poeta que el primero en noviembre de 1931, lo coloca en la capital de España en un momento en que la política presiona cada

vez más a todos los que tratan de comunicar su mensaje a la colectividad. Los partidos de derecha, específicamente la CEDA capitaneada por Gil Robles, ocupan el poder desde 1933, y este es el mismo año en que en Alemania accede al poder Hitler. Las promesas de la República parecían desvanecerse o, en todo caso, quedaban amenazadas. Los intentos de resistencia, en Asturias y en Cataluña, eran rápidamente aplastados. Todos los intelectuales que creían en la necesidad de transformar la sociedad para crear un mundo más justo se sentían solidarios, y, en cierto sentido, solitarios, es decir, aislados, en pequeños grupos, en una situación en que su existencia misma comenzaba a ser amenazada por el avance de partidos y dictaduras que no tolerarían ninguna voz libre, ninguna crítica independiente.

No olvidemos que la crisis económica que se inicia en 1929 en Estados Unidos se extiende poco a poco por todos los países europeos y no deja de afectar profundamente al resto del mundo. La década de los años treinta es un período de incertidumbre y angustia tal como muy pocos otros tiempos en la historia del mundo moderno. Hernández y Neruda son testigos de una crisis que anuncia un desastre inminente.

Neruda había correspondido con Alberti desde sus varias residencias orientales, y a través de Alberti, a su llegada a Madrid, conoció a García Lorca y, también, a Miguel Hernández. En su libro de memorias, *Confieso que he vivido,* Neruda, que pasó del consulado de Chile en Barcelona al de Madrid en aquel mismo año de 1934, nos indica que «uno de los amigos de Federico [García Lorca] y Rafael [Alberti] era el joven poeta Miguel Hernández. Yo lo conocí cuando llegaba de alpargatas y pantalones campesinos de pana desde sus tierras de Orihuela, en donde había sido pastor de cabras. Yo publiqué sus versos en mi revista *Caballo Verde, y* me entusiasmaba el destello y el brío de su abundante poesía»[1].

Hernández llegaba a Madrid con muy escasos recursos económicos, y sin una formación profesional o una experiencia que le permitiera adaptarse inmediatamente a las exigencias de la vida cotidiana en una gran ciudad. No contaba más que con sus nuevos amigos, y en efecto sin ellos no hubiera podido sobrevivir. Neruda señala que Hernández «vivía y escribía en mi casa. Mi poesía americana, con otros horizontes y llanuras, lo impresionó y lo fue cambiando»[2].

Los primeros meses de su nueva vida en Madrid son decisivos para la evolución de su poesía. El contacto anterior con autores modernos y nuevas tendencias poéticas había sido muy escaso. De pronto el joven Hernández se encuentra sumergido en un mar de poesía, y asimila rápidamente las últimas tendencias de la vanguardia, que eran precisamente las que se expresaban en la poesía de sus nuevos amigos. El triunfo de la nueva poesía no se limitaba ya a pequeños grupos de críticos y estudiantes sino que se extendía a un público lector cada vez más vasto. Dos factores contribuían al éxito de las nuevas tendencias: por una parte el éxito de la poesía de García Lorca, y muy especialmente del *Romancero*

---

1 *Confieso que he vivido. Memorias.* Buenos Aires, Editorial Losada, 1974, p. 160.

2 Ibíd., misma página.

gitano, hacía más aceptable la poesía de los otros compañeros de generación de Lorca; por otra parte el triunfo de la República había significado, ya a partir de 1931, un brusco cambio de ideas y la introducción de una sensibilidad más favorable a todo lo moderno. Eran años en que se abrían las puertas a todo lo nuevo, en que todo parecía posible para un joven poeta como Miguel Hernández.

No era la poesía de Hernández la única en experimentar un cambio de dirección: la de Neruda estaba cambiando también. Años más tarde, en su discurso de Estocolmo, al aceptar el Premio Nobel de Literatura, Neruda afirmaría que el poeta es a la vez un ser solitario y solidario: solitario por naturaleza, puede hacerse portavoz de los demás, expresar lo que siente el pueblo, y ser así solidario de las aspiraciones y las esperanzas de todos. Después de los años de soledad y desamparo sufridos por Neruda en el Oriente se iniciaba para él una etapa feliz, libre de preocupaciones económicas, rodeado de amigos que compartían sus ideas sobre la poesía y sobre la función del poeta frente a la sociedad.

La literatura en aquellos años se politiza rápidamente, los poetas se sienten solidarios de las aspiraciones de las masas. Hernández escribirá más tarde:

Vientos del pueblo me llevan,
vientos del pueblo me arrastran...

Como señala Juan Cano Ballesta, ya desde los últimos años de la dictadura de Primo de Rivera, y con ritmo más acelerado desde la proclamación de la República, algunos poetas, encabezados por Emilio Prados y Rafael Alberti, habían comenzado «a deslizarse desde el culto a la pureza y el refinamiento artístico hacia la espontaneidad, la efusión romántica, el compromiso político y la necesidad de librar los sentimientos de cualquier tipo de camisa de fuerza expresiva»[3]. Quizá el más claramente politizado de todos los de su generación, Alberti anuncia desde 1933 que se ha convertido en «poeta en la calle» y comienza a publicar poemas de propaganda política y revolucionaria en que ataca sin piedad a la burguesía y defiende el comunismo. Y también en 1933 comienza a publicarse la revista *Octubre,* cuyo título se refiere a la revolución soviética iniciada en octubre de 1917, y de clara ideología revolucionaria y pro-comunista. (No olvidemos por otra parte que Ernesto Giménez Caballero después de su viaje a Italia difunde en España ideas procedentes del fascismo mussoliniano y con *Genio de España* se convierte en ideólogo del falangismo: la politización abarca todos los sectores, polariza a los escritores y a sus lectores, y acerca al país, cada vez más, a la inevitable guerra civil. Como señala Cano Ballesta, «el mismo Miguel Hernández, tras la revuelta de los mineros de Asturias, que puso a los intelectuales en pie de guerra, es posible que ya comenzara a hacer sus primeros ensayos en un tipo de poesía revolucionaria, de la que nos han llegado 'Alba de hachas' y 'Sonreídme', ambos anteriores a la guerra civil»[4]). Disminuye

[3] Juan Cano Ballesta en su introducción a la edición de *Viento del pueblo,* Editorial Cátedra, Madrid, 1989, p. 12.

[4] Ibíd., p. 13.

hasta desaparecer del todo la influencia del viejo ambiente católico y conservador, al que le había atraído anteriormente su amistad con Ramón Sijé.

La actitud revolucionaria no se expresa a través de ideales abstractos o de teorías, sino que surge de sus experiencias vitales dolorosas, suyas y de todos los que han conocido la pobreza:

> viendo a mi hermana helarse mientras lava la ropa,
> viendo a mi madre siempre en ayuno forzoso,
> viéndoos en este estado...[5].

En su manifiesto publicado en *Caballo verde para la poesía* Neruda aboga por una «poesía impura» y su posición es compartida por muchos de los poetas españoles que forman parte de su círculo, ciertamente por Alberti y también por Hernández (Alberti, según parece, no estaba, sin embargo, del todo de acuerdo con el nombre de la revista, y creía que sería más adecuado llamarla «caballo rojo», por ser más revolucionario este último color.) Resulta curioso, y significativo, que el máximo defensor de la «poesía pura», Juan Ramón Jiménez, que directa o indirectamente, a través de críticos amigos suyos, atacaba constantemente la actitud y las ideas de la nueva generación poética, hubiera de compartir más tarde el exilio con los que abandonaron España tras la guerra civil.

Un lazo importante unía a Neruda y Hernández, lazo del que muy poco se ha ocupado hasta ahora la crítica, y es que en ambos casos pasaron una infancia y una adolescencia difíciles, tristes, ensombrecidas por padres duros, autoritarios, fríos y despóticos. Se identificaban con la madre, se apiadaban de ella al verla sufrir, y pronto o tarde se enfrentarían con el padre. El padre de Neruda nunca comprendió la afición de su hijo por la literatura, y Neruda se cambió de nombre en gran parte para separarse y alejarse así del nombre de su padre. El padre de Miguel Hernández hubiera podido permitir que su hijo recibiera una educación más esmerada: como señala Agustín Sánchez Vidal, «los jesuitas propusieron al padre costearle una carrera (la eclesiástica), pero este se negó en redondo y lo destinó al pastoreo»[6]. No es de extrañar que tanto Neruda como Hernández odiaran instintivamente todo lo que fuera autoritario, identificando en cierto modo a sus padres con los gobiernos de derechas y los regímenes fascistas.

De esta actitud, quizá por ser en gran parte inconsciente, han quedado muy pocas huellas en los textos de ambos poetas. Neruda, por ejemplo, habla muy poco de su padre en sus memorias. En cuanto a su relación con Hernández, Neruda acentúa con frecuencia las anécdotas insólitas y extravagantes. Así, por ejemplo, nos cuenta que «otras veces me hablaba del canto de los ruiseñores. El Levante español, de donde provenía, estaba cargado de naranjos en flor y de ruiseñores. Como en mi país no existe este pájaro, este sublime cantor, el loco de

---

[5] Cito por la edición de la obra poética de Hernández al cuidado de Agustín Sánchez Vidal, Madrid, Aguilar, 1979, pág. 399.

[6] Ibíd., Introducción, xv.

Miguel quería darme la más viva expresión plástica de su poderío. Se encaramaba a un árbol de la calle y, desde las más altas ramas, silbaba o trinaba como sus amados pájaros natales»[7]. Otra anécdota pintoresca: como Hernández no tenía de qué vivir, explica Neruda, el poeta chileno, ya con importantes contactos en Madrid, comenzó a buscarle un trabajo. No era tarea fácil. Por fin un vizconde, alto funcionario del Ministerio de Relaciones, se interesó por el caso y le respondió que había leído algunos poemas de Miguel, que lo admiraba, y que éste indicara qué puesto deseaba para extenderle el nombramiento. Neruda, alborozado, le dijo a Miguel que ya tenía un destino, que el vizconde lo colocaría, y que sería un alto empleado; lo único necesario era que Miguel dijera qué clase de trabajo deseaba ejecutar y acto seguido se decretaría su nombramiento. «Miguel se quedó pensativo. Su cara de grandes arrugas prematuras se cubrió con un velo de cavilaciones. Pasaron las horas y sólo por la tarde me contestó. Con ojos brillantes del que ha encontrado la solución de su vida, me dijo: ¿No podría el vizconde encontrarme un rebaño de cabras por aquí cerca de Madrid?»[8].

Sea apócrifa o no esta anécdota, el hecho es que en el verano de 1934 Hernández entra a trabajar como secretario de José María de Cossío para recoger material con destino a su enciclopedia sobre los toros, y en septiembre del mismo año formaliza su noviazgo con Josefina Manresa, que luego será su mujer. El amor y la sensualidad serán en adelante temas importantes para Hernández, como lo eran ya para Neruda desde sus primeros libros. Amor a la mujer, amor a la naturaleza, panteísmo, dignificación de lo humilde, son rasgos distintivos de la poesía de Hernández, y también de la de Neruda.

Esta dignificación de lo humilde, de los objetos cotidianos, llega a su plenitud en Neruda con sus *Odas elementales,* que muchos críticos consideran una de las cumbres de la poesía nerudiana. No olvidemos que algunos de los mejores poemas de Hernández en su última época son ya «odas elementales» *avant la lettre,* ya que son varios años anteriores a las de Neruda. Así, por ejemplo, el poema que Hernández dedica a la humilde escoba:

ASCENSIÓN DE LA ESCOBA

Coronad a la escoba de laurel, mirto, rosa.
Es el héroe entre aquellos que afrontan la basura.
Para librar del polvo sin vuelo cada cosa
bajó, porque era palma y azul, desde la altura.

Su ardor de espada joven y alegre no reposa.
Delgada de ansiedad, pureza, sol, bravura,
azucena que barre sobre la misma fosa,
es cada vez más alta, más cálida, más pura.

---

[7] *Confieso que he vivido,* pp. 160-161.
[8] Ibíd., pág. 161.

Nunca: la escoba nunca será crucificada,
porque la juventud propaga su esqueleto
que es una sola flauta muda, pero sonora.

Es una sola lengua sublime y acordada.
Y ante su aliento raudo se ausenta el polvo quieto.
Y asciende una palmera, columna hacia la aurora[9].

Dejando aparte la forma, más clásica aquí, más suelta y abierta en los poemas nerudianos, el poema de Hernández bien podría ser considerado como una «oda elemental», si bien tenemos que añadir inmediatamente la nota patética, biográfica: Hernández escribió este poema en la cárcel, en 1939, en una cárcel en la que lo obligaban, como castigo, a barrer el suelo y limpiar las letrinas: para Hernández la poesía era, una vez más, un trampolín liberador que le permitía olvidar momentáneamente su dolor y su amargura. Neruda, más afortunado, escribe sus odas en libertad, y por ello respiran un aire de felicidad, de plenitud. Neruda es el observador sensible y paciente ante el cual la naturaleza revela sus secretos, y que puede gozar con cada nuevo detalle que va descubriendo. Un mismo objeto concreto y cotidiano puede ofrecer vertientes muy distintas según lo contemplamos con ojos de esteta o con la mirada del que padece hambre y sabe que sus hijos y su mujer también están hambrientos. Esto sucede si ponemos uno al lado del otro dos de los poemas más justamente famosos de estos dos grandes poetas que fueron Neruda y Hernández, si cotejamos la «Oda a la cebolla» de Neruda con las «Nanas de la cebolla» de Hernández. El poema de Neruda va glorificando y enalteciendo a la cebolla a lo largo de una serie de imágenes que se complementan y se apoyan entre sí, es un largo canto de admiración ante la belleza y complejidad de un objeto en apariencia humilde. Después de leerlo nos damos cuenta de que hasta entonces nunca habíamos visto de verdad una cebolla: la veíamos sin verla, es el poeta quien nos la revela por fin. El poema de Hernández comienza con una imagen,

La cebolla es escarcha
cerrada y pobre

para pasar inmediatamente a describir la situación concreta: el hambre que asedia al poeta, a su mujer, a su hijo:

escarcha de tus días
y de mis noches.
Hambre y cebolla:
hielo negro y escarcha
grande y redonda.

[9] P. 684 de la edición Aguilar.

La atención se desvía hacia el hijo, también hambriento:

En la cuna del hambre
mi niño estaba.
Con sangre de cebolla
se amamantaba.

El poema deja de ser un canto a la cebolla y se convierte en canto al hijo, al hijo inocente, instándolo a que siga riendo a pesar de todo, y termina con la resolución de cerrar los ojos, aunque sea momentáneamente, para no ceder al dolor y a la tristeza:

Vuela, niño, en la doble
luna del pecho.
Él, triste de cebolla.
Tú, satisfecho.
No te derrumbes.
No sepas lo que pasa
ni lo que ocurre[10].

La cárcel, la ausencia, el dolor, la enfermedad, el hambre, no permiten al poeta el lujo de la contemplación sosegada que es el punto de partida de las odas de Neruda. La vida había juntado a los dos poetas con un lazo de profunda amistad, pero el destino había de llevar a cada uno por un camino diferente. Sin embargo, de esta amistad surgen influencias mutuas que habrán de dejar su huella tanto en la poesía de Hernández como en la de Neruda.

[10] Pp. 652-655 de la edición Aguilar.